

¿Otros colonizadores? Enclaves norteamericanos en Cuba

José Vega Suñol

Profesor. Instituto Superior Pedagógico de Holguín.

A l igual que México y Puerto Rico, Cuba se encuentra en la primera frontera entre las culturas latinoamericana y anglosajona en este hemisferio. Los fundamentos geográficos e históricos que así lo testifican son inobjectables. Durante sesenta años, la Isla fue una neocolonia dependiente de los Estados Unidos, y desde el siglo XIX hasta la actualidad los referentes culturales norteamericanos no solo han circulado y circulan con natural familiaridad entre los cubanos, sino que han sido interiorizados y sumados al complejo sistema de comportamiento cultural del etnos cubano —desde la música y el vestuario hasta la arquitectura— y han constituido, desde entonces, una fuente cercana de apropiación e intercambio.

Por ello, desde nuestra perspectiva, resulta inexplicable la carencia de estudios sobre la huella norteamericana en la cultura cubana, asunto bastante ausente de las ciencias sociales en Cuba, salvo reflexiones eventuales carentes de sistematicidad. En las páginas que siguen, pretendo resumir los resultados de una indagación realizada en este campo, con conciencia de lo mucho que aún queda por hacer.¹

Por limitaciones de espacio, estoy obligado a compactar un volumen de información considerable —acompañado de un conjunto de razonamientos y datos—

con la finalidad de ofrecer una panorámica que, no por comprimida, deja de ser sustantiva para comprender algunas especificidades de los procesos etnoculturales cubano-norteamericanos. Aprovechando la oportunidad que me brinda *Temas*, he de referirme solo a dos cosas: intentar una caracterización de la inmigración norteamericana en Cuba y exponer los resultados de un trabajo de terreno, concluido a inicios de los años 90, sobre el impacto cultural de los enclaves norteamericanos en la región noreoriental de Cuba, a modo de ilustración sobre un tema que requiere continuidad y abordajes multidisciplinarios.

La inmigración norteamericana en Cuba

La presencia de inmigrantes norteamericanos en Cuba, en su mayoría asociados al comercio azucarero, se remonta a la segunda mitad del siglo XVIII. Este poblamiento tiende a crecer a lo largo del XIX, en la medida en que se fortalecen y diversifican los lazos económicos y los intereses de los Estados Unidos en y con la Isla.²

La franja costera Cárdenas-Matanzas-Habana-Mariel fue el área elegida como residencia preferencial por los inquilinos nortños, muchos de ellos propietarios de

La presencia norteamericana en Cuba adquiere una forma novedosa a través de los enclaves económicos establecidos en el territorio nacional, fomentados por el capital privado de ese país. Estos enclaves —organizados en forma de comunidades azucareras, mineras o agrícolas—, se expandieron en distintas direcciones, pero por diversos motivos se ubicaron, preferentemente, en la zona noreoriental de la isla.

haciendas y almacenes. Estos adquirieron propiedades en las cercanías de los principales puertos azucareros del occidente del país, situados frente a las costas norteamericanas.

Viajeros que estuvieron de visita en Cuba desde la primera mitad del siglo XIX hicieron referencia a esta inmigración, asentada, fundamentalmente, en la parte occidental de la isla.³

El Censo de 1841 es el primero en plasmar datos cuantitativos, al reportar la cifra de 668 ciudadanos norteamericanos establecidos en Cuba. Veinte años después, en 1861, el número había ascendido a 2 496, de ellos 2 335 en el Departamento Occidental y solo 161 en el Departamento Oriental. Hacia 1899 los residentes norteamericanos sumaban 6 444, de los cuales el 69,8% vivía en la capital.⁴

A partir de la primera década del siglo XX comienza a notarse un aumento del ya tradicional movimiento de pasajeros procedentes del vecino país. Entre 1902 y 1906 entraron a Cuba 96 185 norteamericanos y habían retornado 95 661 con una ganancia de 524;⁵ aunque los datos recogidos son contradictorios. Así, por ejemplo, se maneja la cifra de 13 000 en el año 1905, mientras que el Censo de 1907 informa 6 713. En 1930 *The Cuba Review* aseguraba que en la Isla había unos 17 000 estadounidenses, pero en el el Censo de 1931 se reportaban 7 195.⁶ De ello se infiere que el número real de ciudadanos de ese origen era superior al que fijaban los censos, en tanto existía una población flotante mucho mayor, no incluida como residente, que pudiera clasificarse como «migración golondrina», constituida por especialistas, técnicos y obreros calificados que permanecían en Cuba por cortos períodos de tiempo. Esta observación indica que las estadísticas se detienen a reportar los residentes permanentes y, en consecuencia, que el poblamiento norteamericano en Cuba fue en realidad superior al señalado por los datos.

En el período anterior y posterior a la Primera Guerra Mundial se intensificó la corriente migratoria hacia Cuba. El *boom* azucarero atrajo a miles de extranjeros de diferente origen nacional. En 1917 los norteamericanos ocupaban el quinto puesto en el conjunto de los que entraron ese año. Entre 1908 y 1919 habían arribado a Cuba 33 407 norteamericanos en condición de inmigrantes, aunque el índice de retorno era bastante alto. En la etapa intercensal —1920-1931— esta inmigración había reducido su entrada a 9 211 y en 1931, en medio de la crisis que azotaba al

sistema capitalista, entraron solo 470. En 1943 eran apenas unos 3 800, con un leve incremento en el Censo de 1953 —que reportó 6 503, cifra inferior al Censo de 1907.

El ascenso de esta inmigración en las tres primeras décadas del siglo y su decadencia ulterior, obedece a causas históricas que conviene señalar:

1. Los períodos de ocupación militar (1898-1902 y 1906-1909) alentaron la inmigración norteamericana, en tanto la intervención ofrecía una cobertura favorable y un margen de seguridad y de facilidades a los intereses de los Estados Unidos en la Isla.
2. Una parte de estos inmigrantes de la primera década no descartaban la posibilidad de la anexión. Al menos los colonos radicados en Isla de Pinos (actual Isla de la Juventud) sostuvieron la esperanza de que no se ratificara el tratado Hay-Quesada (1904) para poder disponer de esa porción de tierra en litigio.
3. El sensible impulso que reciben las inversiones norteamericanas antes de 1930 —sobre todo en la industria azucarera—, requería un personal altamente capacitado que alentó la permanencia y estabilidad de microcolonias estadounidenses en las comunidades azucareras de las provincias orientales.
4. Las ventas de tierras, fáciles y baratas, en distintos puntos de la isla atrajeron a varios cientos de campesinos norteamericanos antes de 1910.
5. No obstante, la crisis económica de 1929-32 cortó el impulso de los primeros años y trajo consigo una contracción del capital norteamericano en la industria azucarera, lo que redujo su personal en Cuba y motivó el regreso de cientos de agricultores de esta nacionalidad a su país de origen.
6. El alto nivel de preparación técnica de los profesionales y obreros calificados cubanos, con capacidad para sustituir al personal especializado norteamericano, era ya un hecho consumado en los años 30.

En las primeras décadas del siglo XX tiene lugar un sostenido incremento de la inmigración norteamericana hacia las antiguas provincias de Oriente y Camagüey, pues en 1899 ambas contaban con el 16,8% del total en la Isla, en 1907 el 25,7% y llegaban al 29,4% en 1919, aunque la provincia de La Habana se mantuvo como principal centro de residencia de este poblamiento a nivel nacional, con el 58% en 1919 y el 72,1% en 1931.

Desde el principio, la inmigración norteamericana sobresale por su nivel económico. Los norteamericanos que venían a Cuba, señala Alfonso Dollero, «son toda gente válida y con algún capital para empezar a trabajar».⁷ Su vigor y prestigio como colonia extranjera estaban dados por el respaldo económico en que se apoyaba su gestión, dirigida a invertir sobre todo en la agricultura y la industria.

No obstante, al diseccionar el perfil ocupacional de esta inmigración, se evidencia el pronunciado desnivel socioeconómico de este grupo étnico en Cuba, que denota hondas diferencias culturales entre sus miembros. La coincidencia de oficios tales como mecánicos, jornaleros y campesinos junto a comerciantes, hacendados, ingenieros y ejecutivos empresariales, hace suponer una marcada diferenciación clasista. En los centrales azucareros norteamericanos no era difícil detectar distinciones sociales entre los miembros del colectivo laboral anglosajón, en dependencia del cargo y la ocupación, como reflejo del sistema jerárquico establecido.

Para tener una idea más precisa sobre el perfil laboral de los norteamericanos en Cuba, es menester referirse a la información censal disponible. En 1899 los tres oficios sobresalientes eran los de jornaleros, comerciantes y soldados; en 1907 ocupan los primeros puestos los agricultores, oficinistas y comerciantes; y en 1919 los agricultores, comerciantes y criados; estos últimos asociados al servicio doméstico de los ejecutivos empresariales, quienes traían consigo a su propio personal de servicios, no pocos de ellos de la raza negra (en 1919 el 15,2% de los norteamericanos asentados en Cuba eran negros).

En el conjunto general de los extranjeros que arribaron al país en la primera mitad del siglo xx, la inmigración norteamericana ocupa una posición destacada, tanto cuantitativa como cualitativamente, solo superada en número por la inmigración hispana, antillana y asiática.

Los enclaves económicos en la región nortoriental

La presencia norteamericana en Cuba adquiere una forma novedosa a través de los enclaves económicos establecidos en el territorio nacional, fomentados por el capital privado de ese país. Estos enclaves —organizados en forma de comunidades azucareras, mineras o agrícolas—, se expandieron en distintas direcciones, pero por diversos motivos se ubicaron, preferentemente, en la zona nortoriental de la isla, donde se concentró el núcleo básico de estas agrupaciones económico-comunitarias, sobre todo por las facilidades allí encontradas para adquirir grandes extensiones de tierra a precios irrisorios —y en no pocos casos fraudulentos— que facilitaron la consolidación de un sistema de asentamientos y de plantaciones latifundiaras.⁸

Estos enclaves fueron vectores de determinadas manifestaciones de la cultura norteamericana en Cuba, y

en ellos llegó incluso a implementarse un modelo de vida bastante similar al de los Estados Unidos. En estas comunidades tuvo lugar un contacto directo de información etnocultural cubano-norteamericano no verificable con la misma intensidad en otras partes de Cuba.

De esos enclaves, se destacan los azucareros, que se levantaron entre 1901 y 1921, con sus respectivos asentamientos humanos; entre ellos, por orden fundacional, se encuentran los siguientes:

- Central «Boston» (actual «Nicaragua»), fundado en 1901 en Banes, por la United Fruit Company (UFC).
- Central «Chaparra» («Jesús Menéndez»), en 1901, por la Cuban American Sugar Company (CASC).
- Central «Preston» («Guatemala»), en 1907, por la UFC en Nipe, Mayarí.
- Central «Delicias» («Antonio Guiteras»), inaugurado en 1911 en el antiguo municipio Puerto Padre, con capital de la CASC.
- Central «Manatí» («Argelia Libre») en 1912, creado en el antiguo municipio Las Tunas por la Manatí Sugar Co.
- Central «Cupey», fundado en 1915 cerca de la ciudad de Holguín, por la West Indies (descontinuado y demolido antes de 1959).
- Central «Marcané» («Loynaz Echavarría») levantado en 1917 por la Alto Cedro S.A.
- Central «Tánamo» («Frank País») construido en 1921, en Cayo Mambí, antiguo municipio de Sagua de Tánamo, obra de la Atlantic Fruit Co.⁹

Descuellan también tres asentamientos mineros: Felton (1909), creado con capital de la Spanish American Iron Co.; Nicaro (1943), construido por la Nicaro Nickel Co.; y Moa (1957-59) por la Frederick Snare Corporation y la Moa Bay Co.; todos en la actual provincia de Holguín. Estas unidades, encargadas de explotar el hierro y el níquel de la zona, estaban asociadas a los intereses de la industria bélica estadounidense, de la que eran prácticamente una extensión.

Se ha podido comprobar que ingenieros geólogos norteamericanos e ingleses realizaron investigaciones prospectivas en los años 30 del siglo xix en Holguín, las que fueron continuadas a principios de este siglo. Sus resultados revelaron la existencia de importantes yacimientos de estos minerales en el territorio.¹⁰

Tanto en los asentamientos azucareros como mineros, la compañía encargada del montaje industrial se responsabilizaba con la planificación y levantamiento de una comunidad, concebida para satisfacer las necesidades sociales más diversas. Contaban con un conjunto de edificaciones como viviendas, escuelas privadas y públicas, iglesias (protestante y/o católica), cine, hospital, telégrafo, hotel y obras viales. Tales comunidades, por tanto, poseían un equipamiento sociocultural mucho más completo que el de las poblaciones de la comarca.

Los norteamericanos integraban el grupo económico dominante, dirigían los principales eslabones de la

La contradicción mayor, dejada como herencia a los reverendos cubanos, era la de una iglesia dominada por un sustrato cultural anglosajón, sobre todo en la liturgia. Todavía hoy, muchos de los himnos y canciones que se escuchan en estos recintos tienen un origen inglés, irlandés, norteamericano o alemán, traducidos al español y acompañados de instrumentos tales como acordeones, panderetas y pianos.

producción —desde la administración hasta la jefatura de los departamentos— y formaban una pequeña colonia segregada del resto de la trama social por barreras naturales o artificiales.

Paralelamente, las principales bahías y puertos naturales quedaron bajo el dominio de la colonización empresarial norteamericana; esta se encargó de construir muelles, almacenes y otras edificaciones. Fueron habilitados para el comercio marítimo diez puertos y subpuertos,¹¹ entre los que se destaca Antilla, fundado por The Cuba Railroad Company en 1907, en la bahía de Nipe, y devenido principal puerto de la región nortoriental al desplazar a Gibara durante el auge azucarero de la Primera Guerra Mundial.

Merecen comentario aparte las colonias agrícolas integradas por colonos norteamericanos, fomentadas en varias provincias desde principios del siglo xx. Se articularon en pequeños poblados compuestos de miembros asociados entre sí por vínculos etnoeconómicos, lo que les permitió organizarse y subsistir como colonias extranjeras —al menos durante las tres primeras décadas del siglo.¹² En la región sobresalen las de Bartle (1902) y Omaja (1906), en la ruta del ferrocarril central, junto a otras en el norte de Camagüey como Gloria City y Ceballos. Precisamente, varios cientos de campesinos anglosajones fomentaron en Cuba las plantaciones de cítricos con fines comerciales, cultivo que se ha logrado consolidar en lugares como Isla de la Juventud.

Algunos de estos campesinos se separaron de su grupo étnico y adquirieron propiedades agrícolas en distintos puntos de las provincias orientales. Cerca de la ciudad de Holguín despuntó el agricultor estadounidense Thomas R. Towns, asentado en el Valle de Mayabe, quien se dedicó a los injertos de mangos, cítricos e incluso flores, y llegó a obtener nuevas variedades que aún hoy cultivan los campesinos del lugar.¹³

Una breve comparación del poblamiento norteamericano a escala territorial, provincial y nacional, a partir de la información censal de la época, permite tener una idea más precisa del lugar que ocupa la región frente al resto de la escala. En 1907 la zona norte de Oriente reportaba 492 norteamericanos para un 7,3% del total en Cuba y el 48,8% de la antigua provincia de Oriente;¹⁴ y hacia 1919 residían en la región 955 norteamericanos, para un 10% del total nacional y un 45,8% provincial. Sin embargo, en el Censo de 1931 el número descendió a 403,

los que representaba el 5,6% nacional y el 51,1% de la provincia. Ya para esta fecha, la declinación de este poblamiento se percibía en todos los niveles de la escala. Se comprueba, además, que el poblamiento norteamericano era relativamente inferior e incluso no comparable al volumen de inversiones de capital. Como supuesto hipotético, estamos ante una fuerte penetración económica sin un respaldo de inmigración masiva norteamericana, método propio de una estrategia neocolonial.

Procesos étnicos

Es necesario explicar la supuesta paradoja de que la nación que más influyó sobre Cuba en la primera mitad del siglo xx, cuyo capital monopolista se apoderó de las mejores tierras y recursos, impuso la intervención militar en dos ocasiones y amordazó a la república con un apéndice constitucional, no haya tenido, sin embargo, una resonancia directa en los procesos étnicos de la Isla. Tratemos de encontrar respuesta a esta incógnita.

El inmigrante norteamericano venía, en alguna medida, contaminado por la filosofía cultural del «destino manifiesto», la supuesta superioridad civilizatoria del pueblo anglosajón. Es lógico suponer que la conducta seguida por estos en Cuba, en el sentido de no mezclarse con los naturales del país, se corresponda con esta doctrina, bastante interiorizada por entonces en diversos sectores sociales de los Estados Unidos.

No es posible sostener la idea de un rechazo del cubano a asimilar este grupo étnico. Ser ciudadano norteamericano en Cuba encerraba ciertas prerrogativas y beneficios. En sentido general, este siempre fue bien recibido debido a su nivel económico y cultural.

La cohesión por géneros que muestra este poblamiento le sirvió para conservar su identidad étnica, a la vez que facilitó la práctica de relaciones matrimoniales endogámicas —o sea, de carácter intragrupal—, lo que acentúa el desinterés por la asimilación.

La norteamericana presenta notables diferencias respecto de otras migraciones llegadas a Cuba. Una de ellas se percibe en la composición por sexos. Históricamente, los norteamericanos muestran un balance equilibrado entre hombres y mujeres, lo que no es tan evidente en los demás grupos migratorios. El promedio histórico del balance sexual de los estadounidenses en

Cuba, desde 1841 hasta 1970, es de un 55,9% de varones frente a un 44,1% de hembras.¹⁵ Tal compensación refleja, ante todo, que se trata de una inmigración familiar. Este rasgo determinó que el norteamericano sintiera menos necesidad que otros extranjeros de mantener un intercambio exogámico con el etnos cubano. Lo que era perentorio para miles de inmigrantes masculinos hispanos, jamaicanos, haitianos o chinos era un asunto ya resuelto para el norteamericano.

El bajo índice del poblamiento norteamericano respecto del total de la población cubana es también una variable importante para explicar el bajo nivel de integración etnogenética cubano-norteamericano a través de las relaciones matrimoniales. Las cifras que siguen lo comprueban: en 1899 los norteamericanos representaban el 0,46% frente a los nacidos en la Isla, en 1919 eran el 0,37%, en 1943 el 0,08% y en 1970 el 0,01%. Indiscutiblemente, esta desproporción reduce el impacto del poblamiento norteamericano en el etnos cubano.

Para lograr ajustarse a un contexto diferente al suyo, en patrones culturales y lingüísticos, el norteamericano apeló a la reproducción íntegra de su modo de vida, a diferencia de otros que se vieron compelidos a modificar sus hábitos y costumbres culturales. De esta forma, apoyado también por la cercanía a su territorio, pudo traer consigo su acervo: habitat, alimentación, vestuario, religión, lengua, educación, fiestas, deportes y otras pertenencias de su haber étnico.

En el territorio objeto de estudio no hay evidencias notables de una descendencia étnica norteamericana. El trabajo de campo así lo reportó: pese a que en el área hubo más de una docena de asentamientos, prácticamente no quedaron descendientes. La memoria colectiva de estas comunidades conserva alguna información acerca de escasos matrimonios mixtos cubano-norteamericanos.¹⁶ Se infiere que en el resto del país suceda algo similar. El deterioro de las relaciones entre los dos países a partir de 1959 cortó el flujo de inmigrantes norteamericanos en Cuba y generó un movimiento de retorno de la mayoría y sus descendientes, algunos de los cuales habían nacido en la Isla. Entre 1953 y 1970 en el territorio nacional el poblamiento norteamericano había disminuido en un 74,15%.

El impacto cultural: arquitectura, religión y educación

Para aproximarnos al conocimiento de los efectos culturales derivados del sistema de enclaves en la región, he seleccionado, intencionalmente, tres referentes importantes, consustanciales a todo estudio etnocultural —arquitectura, religión y educación— con el fin de someterlos a un examen sumario.

En la esfera urbanística y arquitectónica las comunidades mencionadas quedaron regimentadas por las codificaciones propias de los asentamientos y pequeñas poblaciones estadounidenses. La arquitectura civil y doméstica de ese origen llegó a predominar en una

parte del territorio. Aun en la actualidad se conservan allí los mejores conjuntos arquitectónicos en madera y ladrillo de la primera mitad del siglo xx en Cuba.

Fueron precisamente las empresas estadounidenses las encargadas de introducir el primer sistema estandarizado de fabricación de viviendas de madera en las nuevas poblaciones, urbanizadas a partir de patrones seriados tipo *balloon frame*. Desde entonces, el espectro arquitectónico regional se caracteriza por la duplicidad. Centros urbanos como Holguín, Gibara, Las Tunas o Puerto Padre se ajustan a las normativas del eclecticismo, a la vez que se muestran poco receptivos en cuanto a asimilar esquemas constructivos norteamericanos; simultáneamente, emerge más de una docena de poblaciones que deben su existencia al capital extranjero, en las que predomina el *bungalow* proyectado hacia el entorno ambiental con una simbología propia.

Las viviendas de las familias norteamericanas estaban diseñadas para atenuar las preocupaciones derivadas de su responsabilidad económica y social. La confortabilidad del habitat debía aliviar la rudeza del clima húmedo y caluroso, no exento de plagas y enfermedades; y conservar el nivel de vida, las tradiciones y hábitos culturales de la clase media de su país, para enfrentar mejor las tensiones y desgarramientos que entrañaba su reacomodo en el medio insular caribeño. Eran construcciones espaciosas, monumentales, de madera machihembrada y montadas sobre pilotes. En los años 30, las edificaciones de madera cedían ante el ladrillo, la placa o la teja francesa, entre otras innovaciones, pues este movimiento constructivo se mantuvo durante décadas.¹⁷

El habitat de los empleados nacionales de alto rango se asemeja al concebido para el personal norteamericano, de manera que la vivienda cumple también el cometido de acercar a ambos sectores, compenetrados en la cúpula directiva de estos enclaves.

Las cuarterías urbanas y los barracones rurales quedaban destinados a los inmigrantes ocasionales y braceros, casi todos antillanos, aunque abundaban los chinos, españoles y cubanos.

La arquitectura doméstica desempeñó un papel significativo en la organización funcional de estas comunidades. En ellas prevalecía un rígido segregacionismo, al implantarse un tipo de ordenamiento urbano con caracteres separatistas. Todavía hoy se perciben reminiscencias y atavismos en la conducta individual y colectiva de los conjuntos humanos que vivieron esa experiencia, lo que puede evaluarse como una de las secuelas culturales más negativas, en ciertos casos no totalmente superadas.¹⁸

La vivienda desempeñó también un papel coercitivo y de control demográfico; esto último, específicamente, en los asentamientos de la UFC. Las empresas eran propietarias exclusivas de los inmuebles, de modo que no existía un sentido de pertenencia y su valor de uso quedaba condicionado a un contrato entre el trabajador y la entidad. Esta le garantizaba vivienda, agua y luz eléctrica a un precio módico, en tanto permaneciera como obrero o técnico calificado en dicha empresa. En caso de

defunción, pérdida del empleo o expulsión del trabajador por indisciplina laboral o cualquier otro acto de naturaleza social, sindical o política no conveniente a los intereses de la compañía, se perdía el derecho al inmueble. Es obvio que el control sobre el habitat ejercía una presión reguladora de la actividad productiva al influir coercitivamente sobre aquellos que se propusieran desajustar el orden social; y simultáneamente, aseguraba la estabilidad laboral del trabajador, tan conveniente a los efectos de su productividad.

El núcleo urbano más representativo del área en cuanto a la asimilación de trasposos arquitectónicos cubano-norteamericanos, fue la ciudad de Banes. Al no destacarse como una plaza de la arquitectura colonial, no llegó a formarse un aprendizaje constructivo de las edificaciones de mampostería. Desde el principio, la arquitectura banense fue tributaria de la madera, el zinc y demás materiales de la tradición vernácula. El incendio que destruyó el poblado en 1896 determinó que Banes renaciera arquitectónicamente a principios del siglo xx en el momento que la UFC iniciaba sus operaciones en la región. Así, la arquitectura del poblado recibió de hecho el legado material de esta transnacional, que se posesionó de una amplia sección de tierra colindante al pueblo y levantó allí un centro administrativo, comercial y residencial: el barrio americano de la Banes Division. A partir de entonces, Banes quedó fraccionado en dos partes: de un lado, el poblado tradicional y, del otro, el asentamiento empresarial.

Las tipologías arquitectónicas del barrio norteamericano se convirtieron en fuente de inspiración de la clase media banense. Esta se encargó de solicitar a constructores y arquitectos planos similares a fin de materializar una de sus aspiraciones máximas como reproductora de los atributos culturales del barrio de la compañía. El sector pudiente de la ciudad — comerciantes, hacendados y profesionales— era el único con posibilidades de apropiarse del legado material de esta cultura, posición congruente con la actitud de una parte de la burguesía y la clase media cubana, que tendían a alejarse de sus raíces culturales y a adquirir el modo de vida norteamericano.

Mientras, en los barrios populares la incorporación de los esquemas constructivos de la UFC tiene un sentido más creativo y original, al converger las tradición hispana y cubana con el nuevo referente. De este la arquitectura popular banense asimiló solo determinados principios y rasgos estilísticos sin apartarse de la tradición vernácula.¹⁹

En los trasposos, el puente comunicante lo establecen los maestros de obra y carpinteros cubanos. Al concluir un contrato o terminada la jornada laboral, estos constructores cubanos de la UFC se dedicaban a levantar viviendas en el lado cubano del pueblo; de ese modo se transferían los modelos constructivos de la parte norteamericana a la cubana, aunque siempre surgía la necesidad de introducir cambios que modificaban la planta, bajaban un puntal, simplificaban la fachada o reducían la escala constructiva, siempre en dependencia de las posibilidades materiales de los solicitantes.

Este contacto a lo largo de casi seis décadas, permitió acumular una rica experiencia en la edificación de viviendas que marcó de forma indeleble la arquitectura de Banes. El empleo de elementos arquitectónicos de origen norteamericano en la vivienda cubana encontró en esta ciudad el marco apropiado para transculturarse, pues en otras partes del territorio nororiental, e incluso de Cuba, no llegaron a crearse las condiciones para una transferencia de esta naturaleza.

La impronta dejada en el acervo cultural de la región por la arquitectura de las compañías norteamericanas es parte inseparable de la misma. Su vigencia es la comprobación de las consecuencias culturales derivadas de este contacto.

Por otro lado, vale prestar atención a los vínculos entre las compañías norteamericanas y las religiones, principalmente el protestantismo. Las denominaciones evangélicas que, procedentes de los Estados Unidos, comenzaron a penetrar en Cuba a raíz de la primera intervención, encontraron un aliado estratégico en el nordeste de la isla: el capital norteamericano. Sobre este particular abundan los ejemplos. Es ilustrativo referirse al apoyo brindado por la UFC a la actividad religiosa en la zona Banes-Nipe. La entrada de la iglesia «Los Amigos» (cuáqueros) de la Junta de Richmond, por el puerto de Gibara en 1900, obedece a una coordinación previa con la transnacional bostoniana.²⁰ Una década después, la obra cuáquera en la región contaba con templos en Banes, Gibara, Puerto Padre y Holguín, únicos lugares de Cuba donde existe esta denominación del cristianismo reformado.

El apoyo no se limitaba a los cuáqueros. En 1915 llegó a Banes el reverendo G. Henderson, de la Sociedad Misionera Bautista de Jamaica. Luego de entrevistarse con el directivo de la plantación, obtuvo el permiso para construir una iglesia en un terreno ofrecido por la empresa en la barriada de la Güira, lugar donde empezaba a concentrarse la colonia antillana de habla inglesa, integrada en su mayor parte por jamaicanos. La iglesia se inauguró el 20 de agosto de 1916 con la ayuda financiera de la UFC. El pastor Henderson retornó satisfecho a Jamaica.²¹

En la década del 30, la «Yunai» ofreció su respaldo al Ejército de Salvación, también procedente de los Estados Unidos.²² Esta iglesia todavía permanece en Banes —con una membresía minoritaria, pero activa—, al igual que la iglesia Monte Sinaí, pentecostal, cuyos miembros actuales, en su mayoría antillanos anglófonos o descendientes de estos, practican el culto en idioma inglés.

La UFC construyó cuatro edificios religiosos en los bateyes de sus dos ingenios, el «Preston» y el «Boston», cada uno de los cuales contó a partir de entonces con una iglesia católica y otra protestante (metodista).

Como novedad, algunas de las instituciones protestantes que se establecieron en esta área de Cuba, ubicadas dentro del radio de influencia de los enclaves norteamericanos, adquirieron un contenido étnico, dada la concurrencia multinacional presente en el tejido social de estos asentamientos. En Preston, la iglesia metodista

Los enclaves norteamericanos en el nordeste de la isla no solo accionaron como difusores de la penetración económica de los Estados Unidos en Cuba, sino también como agentes culturales, al desatar otros procesos de influencia en la cultura material y espiritual del área.

prestaba servicios a tres congregaciones etnoculturales diferentes: cubanos, norteamericanos y antillanos de las islas británicas, por lo que el culto estaba dividido en sesiones independientes el mismo día; para los primeros en español y para los otros en inglés, con tres pastores, uno para cada congregación.²³

Prácticamente no quedó ninguna compañía norteamericana sin realizar inversiones de capital en la cultura religiosa, en tanto la religiosidad organizada e institucionalizada contribuía al ordenamiento y al control social al actuar sobre los sujetos en el plano ético-moral.

La construcción de iglesias se impuso como patrón normativo de esa estructura sociocultural. La Chaparra Sugar Co. financió dos edificios católicos en los bateyes de Chaparra y Delicias. Algo similar hizo la Nicaro Nickel Co., al dotar al asentamiento urbano de Nicaro de dos iglesias, una católica y otra protestante.²⁴

Bajo estas condiciones, tan ventajosas para el trabajo evangélico, se desarrolló una amplia operación misionera protagonizada por metodistas, cuáqueros, bautistas, adventistas, etc., quienes convirtieron el área nortoriental en uno de los territorios más activos del protestantismo en Cuba e introdujeron cambios en el espectro religioso, con la incorporación de una variante del cristianismo hasta entonces no practicada entre los cubanos de la Isla.²⁵

En el caso del protestantismo, durante los primeros años prevaleció una iglesia misionada desde los Estados Unidos y basada en el trabajo de pastores norteamericanos, algunos con cierto dominio de la lengua española, aprendida generalmente durante el servicio pastoral en algún país latinoamericano. Pero, paralelamente, se inició una labor de captación de cubanos, elegidos entre los miembros más aptos en lo social y lo cultural, para formarse como pastores en los seminarios norteamericanos, lo que les permitió entrar en contacto directo con esa cultura, dominar el idioma y conocer el funcionamiento estructural de las iglesias estadounidenses. El resultado fue la subordinación del evangelismo cubano a la iglesia norteamericana. El proceso preparatorio de los dirigentes religiosos internos incluía también el desarrollo de conferencias, cursos y seminarios en Cuba, de modo que el misionerismo extranjero fuera cediendo ante el creciente número de pastores nativos, formados para sustituirlos, y consolidar de esa forma el trabajo pastoral a partir de líderes religiosos cubanos, aunque esta práctica no se manifestaba de manera uniforme, ya que variaba de una iglesia a otra.

La contradicción mayor, dejada como herencia a los reverendos cubanos, era la de una iglesia dominada por

un sustrato cultural anglosajón, sobre todo en la liturgia. Todavía hoy, muchos de los himnos y canciones que se escuchan en estos recintos tienen un origen inglés, irlandés, norteamericano o alemán, traducidos al español y acompañados de instrumentos tales como acordeones, panderetas y pianos, según se pudo comprobar en el trabajo de campo.

Esta liturgia impuesta y solo parcialmente asimilada, ha obstaculizado la lógica intervencional entre fe religiosa y cultura nacional, así como ha limitado una apropiación más legítima de las tradiciones culturales nacionales al servicio de una iglesia que busca legitimarse como parte integrante de la identidad nacional. Aunque el culto ha entrado en una fase de ruptura con la liturgia anglosajona, falta un largo trecho por vencer para que la cultura cubana logre insertarse y ocupar el espacio que le corresponde en el seno de las iglesias evangélicas.²⁶

En educación, la fundación de distintas instituciones educacionales norteamericanas en la zona, auspiciadas por iglesias protestantes y compañías azucareras y mineras, iba dirigida a la preparación y formación de los futuros técnicos y empleados cubanos de estas corporaciones. El porvenir empresarial de esas entidades necesitaba de mano de obra calificada.

Una de las más importantes obras educativas llevadas a cabo por una iglesia protestante en el área analizada corresponde a los cuáqueros. El primero de los colegios, «Los Amigos», se fundó en la ciudad de Holguín en 1902; en 1906, con la ayuda financiera de la UFC, se inauguraron dos aulas en Banes, añadidas al edificio religioso ya existente. La presencia en los registros de nombres tales como Hillary, Marsh, Fields, Grenslade y Nash, indican que las familias norteamericanas establecidas en Banes hicieron uso de las clases especiales impartidas en idioma inglés para sus hijos. Pero el trabajo educativo que se propusieron los cuáqueros tenía un alcance mayor, una vez que su objetivo era llegar a los estratos medios de la sociedad, otorgándoles becas y brindándoles facilidades a los hijos de los técnicos y empleados de la plantación, con quienes se había entrado en contacto a través del trabajo social y religioso. Con el paso de los años, «Los Amigos» extendieron su influencia más allá de Holguín y Banes al fundarse instituciones en Gibara, Velasco, Puerto Padre y Las Tunas. Los colegios de Holguín y Banes devienen institutos de primera y segunda enseñanzas. A ellos asistían los hijos de las familias más desahogadas de las respectivas ciudades. Recibían una preparación bastante completa para la época. Estas escuelas surtieron buen efecto en el mercado laboral: un

Los cambios culturales inducidos estaban en función de la estabilidad, el control social y la dominación, y no al servicio del mejoramiento de las condiciones culturales y de vida de la región. Estos cambios tuvieron un alcance restringido, pues sus beneficios no salieron de los estrechos marcos de los asentamientos.

alto número de sus graduados llegaron a ocupar posiciones importantes en empresas mercantiles e industriales, no pocas norteamericanas. El dominio del idioma inglés de algunos de sus egresados, facilitaba su rápida inserción laboral. De esta forma, dichas escuelas contribuyeron a la modernización capitalista del área nortoriental.²⁷

El tutelaje norteamericano de los primeros años cedió para dar paso a una administración docente formada por pedagogos cubanos. En 1929, el colegio «Los Amigos» de Holguín tuvo su primer director cubano.²⁸ A través de estas escuelas, los cuáqueros introdujeron varios deportes como el baloncesto y el voleibol. En Holguín y Banes se formaron los primeros equipos masculinos y femeninos que competían con otros centros. También se practicaba beisbol, tenis, atletismo y otros deportes.

La estrategia educativa de estas instituciones, inspirada en una orientación pragmática, buscaba el desarrollo integral de los alumnos y su preparación para múltiples actividades y tareas, con el respaldo de planes de estudio que desbordaban el alcance y las exigencias de las escuelas públicas.

Las contribuciones recibidas de la Junta Cuáquera de Richmond y las erogaciones procedentes del presupuesto de la clase media, junto al prestigio alcanzado por la calidad e integralidad de su formación académica y extraescolar, situaron a estas escuelas en una posición privilegiada hasta el grado de ser catalogadas como «escuelas modelo» y paradigmas educativos en la región.²⁹

Ocupan un lugar sobresaliente las escuelas privadas de enseñanza primaria en los bateyes azucareros de las compañías norteamericanas, bajo el auspicio de las respectivas empresas. Estas escuelas eran de dos tipos: para los niños norteamericanos residentes en la comunidad y para los hijos de los empleados y técnicos calificados cubanos.

En el caso de las primeras, estaban desconectadas de la red de escuelas cubanas, ya que seguían los programas de la escuela primaria de los Estados Unidos, y eran atendidas por pedagogos estadounidenses encargados de mantener una educación estrictamente norteamericana, en idioma inglés. Se trataba de escuelas que conservaban la etnicidad y cultura del grupo en cuestión.³⁰ Por su parte, los hijos de los empleados cubanos asistían a las escuelas privadas de las compañías azucareras o mineras, preparadas con los mejores recursos para el ejercicio educacional. En 1912 se inauguró en el batey del central «Delicias» la escuela «Ines S. Brooks» y en 1924 se fundó otra en Chaparra que contaba con escenario y gimnasio.

Similares a estas se crearon escuelas en todas las comunidades azucareras y mineras del territorio. Como excepción, en el batey del central «Tánamo», la única escuela pagada por la Atlantic Fruit Co. brindaba sus servicios tanto a niños norteamericanos como a cubanos, con maestras norteamericanas que impartían clases en idioma inglés para ambos tipos de alumnado y seguían los programas y planes de estudio norteamericanos. La escuela se fundó en 1920 y se mantuvo con estas características por espacio de unos quince años. Se enseñaba Historia y Geografía de los Estados Unidos, y no de Cuba. En tales circunstancias, se materializó un proceso de aculturación de los alumnos cubanos, quienes recibían las materias de estudio en un idioma extranjero, a la vez que quedaban marginados de su propia lengua y cultura en el marco del recinto educacional.³⁰

Entre las vías utilizadas para adiestrar y formar una capa de técnicos y profesionales de alto nivel, capaces de mantener la eficiencia de estos enclaves económicos, se encontraba el otorgamiento de becas y otras facilidades para realizar estudios superiores e incluso ir a especializarse a los Estados Unidos. Una parte de los ingenieros civiles y de transporte, geólogos y químicos cubanos se formaron en universidades e institutos tecnológicos de ese país.³¹

Conclusiones

Partiendo de lo examinado hasta aquí, resulta imperativo generalizar un conjunto de valoraciones finales que permitan configurar y ordenar los principales asuntos expuestos:

1. No se verifica a nivel histórico un proceso de integración interétnica cubano-norteamericana —o sea, entre el poblamiento estadounidense y los nacidos en Cuba— por la vía de la asimilación étnica a través de los matrimonios mixtos. Esto se debe, en lo fundamental, a una línea de conducta seguida por los norteamericanos en Cuba —y en otras partes del mundo— de acuerdo con los presupuestos etnocentristas subyacentes en una doctrina con ribetes imperiales que, por su naturaleza, limitaba un legítimo intercambio etnocultural con sus vecinos no sajones. Ello explica, entre otras razones, la organización familiar que caracteriza la inmigración norteamericana en Cuba, el equilibrio de géneros —se trata del más compensado

de todos los grupos étnicos migratorios llegados a la Isla en los siglos XIX y XX— sin desestimar otras causas ya señaladas, como el mínimo peso cuantitativo frente a la población cubana y el alto índice de retorno.

2. El poblamiento norteamericano en Cuba se concentró, fundamentalmente, en la Ciudad de La Habana. No obstante, fue en las comunidades económicas fundadas por la colonización empresarial e independiente norteamericana donde esta inmigración ejerció una influencia mayor, al controlar, como colonia étnica rectora, las relaciones económicas, sociales y culturales de los respectivos asentamientos humanos bajo su dominio.
3. La región nortoriental de Cuba se convirtió, como consecuencia de la impronta norteamericana, en un área sociocultural con caracteres propios, que la hacen diferenciarse de otras regiones cubanas.
4. Los enclaves norteamericanos en el nordeste de la isla no solo accionaron como difusores de la penetración económica de los Estados Unidos en Cuba, sino también como agentes culturales, al desatar otros procesos de influencia en la cultura material y espiritual del área. En realidad, se trataba de enclaves que reproducían el modo de vida y la cultura norteamericanos. Esto indica que las inversiones de capital nunca vienen en solitario y que una parte de la plusvalía se desvía —por interés empresarial— hacia la esfera sociocultural, creando áreas de diferenciación social.
5. Los cambios culturales inducidos estaban en función de la estabilidad, el control social y la dominación, y no al servicio del mejoramiento de las condiciones culturales y de vida de la región. Estos cambios tuvieron un alcance restringido, pues sus beneficios no salieron de los estrechos marcos de los asentamientos. El entorno clasista de estos cambios determinó que la influencia cultural norteamericana se manifestara de forma vehemente sobre los sectores de la burguesía local dependiente, la clase media y el sector de «empleados de cuello blanco» de estas empresas, y que su incidencia resultara menos ostensible en las capas populares.
6. En la cultura material (industrias, tecnologías, urbanización, habitat, etc.) este referente fue asimilado casi de forma íntegra y reportó un avance respecto de la etapa anterior, aunque el complejo de relaciones sociales, étnicas y culturales que comenzó a girar en torno a esos aportes estuviera cargado, en no pocos casos, de antivalores como la segregación y la discriminación por motivos económicos, étnicos o raciales. Debe subrayarse que la presencia norteamericana en la región acentuó la discriminación contra el negro, fuera este cubano o extranjero.

Finalmente, no es posible soslayar las incidencias de los componentes de origen norteamericano en la cultura cubana. La apropiación consecuente, crítica y creativa de estos referentes ha originado cambios evolutivos sin menoscabo o debilitamiento de la cubanidad, como síntoma del poder asimilador, la flexibilidad y la

capacidad de apropiación de lo universal inherente a la naturaleza multiforme del etnos cubano y su cultura.

Notas

1. José Vega Suñol, *Presencia norteamericana en los procesos etnoculturales de Cuba: el área nororiental, 1898-1933*, inédito. Existe una publicación parcial de esta monografía: *Presencia norteamericana en la región nororiental de Cuba: etnicidad y cultura*, Ediciones Holguín, 1991.
2. Véase Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio, complejo económico social cubano del azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, t. I, pp. 46-66; Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1974, p. 327.
3. Véase Abiel Abbot, *Cartas*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, p. 150; Francis Robert Jameson, «Cartas habaneras», en Juan Pérez de la Riva, *La Isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, pp. 27-28; John George Wurdemann, *Notas sobre Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, pp. 79-303.
4. La colonia norteamericana en la capital cubana era ya prominente desde el siglo XIX y llegó a contar con publicaciones periódicas (*The Havana Post*) y clubes exclusivos de asociados.
5. Juan Pérez de la Riva, «Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo: inmigración, economía y nacionalidad», en Juan Pérez de la Riva *et al.*, *La República Neocolonial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. I, p. 43.
6. *Memorias inéditas del Censo de 1931*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, p. 211; *The Cuba Review*, vol. XXVIII, Nueva York, noviembre de 1930, p. 22.
7. Alfonso Dollero, *Cultura cubana*, Imprenta «El Siglo XX», La Habana, 1916, p. 462.
8. Sobre la venta de tierras a empresas y colonos norteamericanos en el nordeste de Cuba, véase Archivo Provincial de Holguín, *Protocolos notariales. Notario Emiliano Espinosa*, t. II, año 1900, año 1901, tomo único; 1902, t. I y II; 1903, t. II-IV. Notario Alcibiades de la Peña, año 1902, t. I y II; año 1903, t. I y II. También la obra *United Fruit Company: un caso del dominio imperialista en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
9. A principios de los años 20 quebraron varios centrales azucareros cubanos en el territorio y pasaron a manos de empresas norteamericanas; entre ellos el «San Germán» (Fidelity Sugar Company) y los centrales «Báguanos» y «Tacajón» (Antilla Sugar States) ampliándose el marco de esta influencia a otras comunidades. Véase Oscar Pino Santos, *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*, Casa de las Américas, La Habana, 1973; José Vega Suñol, «La colonización norteamericana en el territorio nororiental de Cuba», *Anales del Caribe*, vol. X, Casa de las Américas, La Habana, 1990.
10. Véase Richard C. Taylor y Thomas G. Clemson, «Notes Relative to the Geology of a Portion of the District of Holguín», *Philosophical Magazine*, Londres, 1837; C. F. Jackson, «Chemical Analysis of Chrisocolla from Holguín Cooper Mines», *Boston Journal of Natural History*, 1837; *The Cuba Review*, vol. XXIII, Nueva York, agosto de 1925, pp. 14-18 y septiembre de 1925, pp. 13-19.
11. A continuación, las instalaciones portuarias habilitadas por las compañías norteamericanas en la región: 1) puerto de Banes, en la bahía de igual nombre, conocido como Embarcadero; 2) subpuerto de Macabí, en la misma bahía, para el embarque de azúcar; 3) puerto de Antilla, en la bahía de Nipe (véase Archivo Provincial de Santiago de Cuba, Fondo Gobierno Provincial, *Fundación de poblaciones*, año 1907, Legajo 659, exp. 13); 4) subpuerto de Preston,

también en la bahía de Nipe, para el embarque de azúcar; 5) subpuerto de Felton en la ensenada de Cajimaya; 6) puerto Cayo Juan Claro, en la bahía de Puerto Padre; 7) subpuerto de Manatí, en la bahía homónima; 8) subpuerto de Tánamo, en Cayo Mambí; 9) subpuerto de Nicaro, en la bahía de Levisa y 10) puerto de Moa.

12. Véase Enrique Cirules, *Conversación con el último norteamericano*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1973; Jorge Luis Betancourt, *Ceballos: historia de una colonia norteamericana*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1985; Jaime Sarusky, *Los fantasmas de Omaja*, Ediciones Unión, La Habana, 1986. La expansión de los latifundios azucareros, la crisis de 1929-32 y los altos aranceles aduanales para los cítricos procedentes de la Isla, acabaron por desarticular estas comunidades agrícolas a principios de los años 30.

13. Véase José Vega Suñol, «El asentamiento norteamericano del Valle de Mayabe», *Ambito*, año II, n. 12, Holguín, abril de 1989, pp. 4-5.

14. Los municipios correspondientes a la región noreoriental en el período analizado, incluidos en el trabajo de campo, son los siguientes, según el orden fundacional: Holguín (1752); Las Tunas (1849, disuelto en 1899 y constituido nuevamente en 1910); Gibara (1874); Mayarí (1878); Sagua de Tánamo (1879); Puerto Padre (1899); Banes (1910) y Antilla (1925). Actualmente, el territorio lo ocupan las provincias de Holguín y Las Tunas. Moa, en la provincia de Holguín, formaba parte de la jurisdicción de Baracoa desde la colonia, hasta la división político-administrativa de 1976, cuando pasó a formar parte de Holguín.

15. La propensión a evitar la mezcla étnica es inherente a la colonización inglesa en Norteamérica, cuya estructura es también de tipo familiar. Una situación similar se observa en la colonización inglesa en la India, Sudáfrica, Pakistán, Australia, etc. Para determinar el promedio histórico de hombres y mujeres en el poblamiento norteamericano en Cuba, se sumaron los totales de los censos.

16. Los informantes entrevistados en el trabajo de campo coinciden en lo referido al *status* social de clase media de las mujeres cubanas que establecieron relaciones matrimoniales lícitas o consensuales con norteamericanos.

17. Véase José Vega Suñol, *La arquitectura de perfil norteamericano en la región de Holguín*, Ediciones Publicigraf, Holguín, 1995.

18. A pesar de los años transcurridos, en la mayoría de estas comunidades (Banes, Preston, Nicaro) se ha mantenido la costumbre de adjudicarles determinada jerarquía social a quienes habitan, actualmente, los inmuebles que pertenecieron a los altos empleados norteamericanos.

19. Las edificaciones domésticas banenses asimilaron diferentes elementos estilísticos o tipológicos de las viviendas de la UFC; entre ellos una mayor monumentalidad de la escala constructiva y un uso más expansivo del espacio interior; portales en forma de L o U, así como el medio-portal; amplios ventanales y puertas que elevan el puntal más allá de lo fijado por la vivienda tradicional; salones de estar o *halls*; incorporación del pasillo al centro; adquisición del menaje y el ajuar inherente a esa cultura material: muebles de mimbres o de *living*, la introducción del closet, no presente hasta entonces en la vivienda cubana, baños intercalados, ventiladores de techo y otros artefactos domésticos.

20. Véase *Heraldo Cristiano*, n. 9, vol. 5, marzo de 1924, p. 703; Heredio Santos, «Implicaciones que tuvo para la iglesia de “Los Amigos” (Cuáqueros) en Cuba el movimiento misionero», en Rafael Cepeda, ed., *La herencia misionera en Cuba*, DEI, San José de Costa Rica, 1986, pp. 223-230; Marcos Antonio Ramos, *Panorama del protestantismo en Cuba*, Editorial Caribe, San José de Costa Rica, 1986, pp. 199-233.

21. Revista *Portada*, año 3, n. 107, Banes, mayo de 1955, p. 18.

22. *El Pueblo*, Banes, 8 de julio de 1933, p. 1.

23. Información oral ofrecida por Abraham E. Williams Grandison, pastor metodista de Preston (Central «Guatemala»), 15 de febrero de 1988).

24. La iglesia protestante de Nicaro fue destruida por un incendio. Como dato de interés, en la comunidad de Moa no existe ningún edificio religioso católico, pues todas las congregaciones cristianas son protestantes.

25. En el territorio noreoriental no se verifica trabajo misionero protestante antes de 1899. La conciencia religiosa en la región se expresaba a través del catolicismo, el espiritismo y las creencias heterodoxas. Se sabe que los primeros protestantes cubanos se localizan en la emigración cubana en los Estados Unidos, en la segunda mitad del siglo XIX, y que por medio de ellos se introdujo en el occidente de la isla en las décadas finales del siglo pasado. Véase Marcos Antonio Ramos, ob. cit., p. 112.

26. Véase Manuel Morales y Gisela Pérez, «La herencia misionera en las iglesias evangélicas cubanas en lo litúrgico», en Rafael Cepeda, ed., ob. cit., p. 112.

27. *Revista del Cincuentenario*, Colegio «Los Amigos», Holguín, 1952, pp. 4-9.

28. *Ibidem*, pp. 20-21.

29. Las «escuelas americanas» ganaron prestigio y atractivo entre los cubanos por la calidad de sus profesores, la novedad de las materias de estudio y los recursos de que disponían. El censo de 1907 reporta 139 pedagogos estadounidenses en Cuba; el de 1919, 125.

30. Información oral brindada por Asunción Cuesta, ex alumna de esa escuela. Banes, 24 de abril de 1988.

31. Profesionales cubanos, algunos de ellos hijos de la «aristocracia de batey» o de empleados de estas corporaciones, recibieron los beneficios de becas para estudiar en centros superiores de los Estados Unidos. En el trabajo de campo se contactó con varios de estos especialistas, todavía sobrevivientes, que permanecieron en el país y continuaron brindando una valiosa contribución técnica. El caso más conocido es el de Demetrio Presilla, en Nicaro.

© TEMAS 1996.